









Elegancia





# **Kepa Murua** Elegancia



menos**cuarto**

© Kepa Murua, 2021

© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2021

ISBN: 978-84-15740-66-7

Dep. Legal: P-12/2021

Diseño de colección: Echeve

Fotografía de cubierta: Morgan Vander Hart | Unsplash

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Francisco Villegas,  
tejedor de palabras, editor  
que vistió los libros en silencio.*



# 1

**SI NO CONOCES EL OFICIO** tendrás que empezar de nuevo, las veces que sean necesarias; si lo conoces, es sencillo. Se elimina lo que no es imprescindible y nunca se añade nada que no sea justo. Es tan sencillo que el sonido de la aguja o el rasguño de las tijeras que cortan la tela o el ruido de la máquina de coser se convierten en la música que llena la habitación, con un ritmo que inunda la casa. Ese sonido te cubre el cuerpo y te da ánimo para vivir a través de tus dedos, con ellos recreas la belleza de los cuerpos. Todos son bellos, y todos, también los que no son delgados o altos, los que no son ligeros, tienen una belleza que descubren los ojos de quien los mira. Si se es elegante, si se viste con comodidad, un día gris no es triste, la luz envuelve cualquier detalle, cualquier esquina por donde se pueda caminar. Y si no sale como querías o si el vestido no vuela con libertad, sencillamente empiezas una segunda vez. Aprenderás de tus errores hasta que llega ese momento en que todo sale solo: una

camisa, el remiendo de una tela, zurcir un roto, arreglar una cremallera, un ojal, no hay un secreto para una costurera que conoce el oficio. Cada timbre que suena es una buena noticia, porque es trabajo; cada prenda arreglada es dinero que queda en casa, empezar una segunda vez solo es necesario al comienzo. Después, hay que ser rápido y preciso. No se puede fallar en ningún detalle. El tiempo es nuestro aliado: desgasta la ropa, pero hemos de trabajar rápido, rápido y bien. De eso sabrás un día, hijo, yo lo hice después de aprender a coser en la capital, en San Sebastián, seguí siendo costurera cuando me casé con tu padre, cuando os tuve a vosotros aún más, cuando se murió y tuve que encargarme de todo yo sola en un pueblo como el nuestro. Pero tú lo harás a tu manera: tendrás que empezar una segunda vez, te conozco bien, hijo, tus ojos claros miran dentro de las cosas, pero cuando lo hagas recuerda que antes de tocar un hilo, antes de seleccionar una y rechazar unas cuantas telas, antes de elegir un color o antes de decantarte por una forma determinada, es conveniente conocer el oficio y tenerlo todo en la cabeza para no perder el tiempo con los cambios y los remiendos que finalmente son esas soluciones que debieran estar ya en el principio. Es sencillo; sé limpio, ordenado, trabaja duro, sé refinado, y verás cómo no es necesario empezar por el camino equivocado, todo está ahí en el oficio. Y las mujeres enseñan a los hombres para que estos las vistan bellas y

sean libres. Podrías ser tú el hombre que necesita este mundo para no empezar de nuevo lo que ya comenzó hace tiempo en muchas casas donde las mujeres cosían en silencio. El modisto guardaba la máquina de coser de su madre en el vestíbulo de su casa, una máquina pesada que en sus manos parecía ligera, pagada a plazos con el esfuerzo de un trabajo que la llevaba a acostarse tarde y levantarse temprano. El joven recordaba sus palabras, la veía aún con su metro, de color amarillo y de líneas y números negros, desgastado y descolorido por el uso, colgado del cuello, y con un par de alfileres en sus labios, pero que no le impedían vocalizar con claridad una conversación que se elevaba sobre el ruido que hacía la máquina cuando ella se encorvaba y movía el pedal a un ritmo frenético y acompasado que retumbaba en la casa. La veía aún con el costurero cerca, una caja de madera ennegrecida por el uso, con una tapa que se abría a lo alto y donde ella guardaba los útiles de costura. Las telas se apilaban sobre la mesa y sobre las sillas se ordenaban, unas sobre otras, las prendas con desperfectos: camisas sin botones, jerséis de lana con cremalleras rotas. Sobre la pared, un armario de madera, de color marrón claro, guardaba en diferentes perchas las prendas arregladas, listas para entregar a los clientes que acudían a la casa o sin más dilación a los vecinos. Cada una llevaba el nombre del dueño garabateado en un papel que atravesaba un alfiler en principio imperceptible; en el margen su-

perior, escrito a lápiz, el precio del arreglo. Cristóbal era el único de los hermanos que podía leer la letra ininteligible de su madre, escrita con un lápiz de madera diminuto que durante el día colgaba de su oreja derecha, unos garabatos rápidos, precisos, como de patas de araña, y era el encargado de llevar los encargos realizados y cobrar por ellos. Eran chaquetas para hombres, pesadas, sacos de marinero, jerséis lisos, tejidos a mano con agujas, pantalones de franela o de pana y faldas de colores oscuros, deslavadas por el uso y el paso del tiempo, recosidas con una precisión asombrosa. Los vestidos de las señoras se guardaban en casa, colgados de una percha sólida de madera, hasta que su propietaria pasaba a probárselo; solo él se quedaba con su madre mientras la mujer se desvestía y la costurera le tomaba las medidas o le ayudaba a probarse el vestido. Su madre daba vueltas alrededor de sus clientes, metía un alfiler en la cintura, estiraba las mangas, alisaba el cuello de la tela, y frente al espejo, aquellas mujeres lucían su belleza, inexistente en un principio, imperceptible hasta que las manos de Martina Eizaguirre tocaban la tela y se deslizaban sobre el cuerpo. Nunca comenzaba de nuevo, no era necesario que lo hiciera, antes de que sucediera, ella ya sabía lo que iba a pasar. En los Eizaguirre ya había habido otros Cristóbal, y la madre se dirigía a él con una voz dulce y seca a la vez que se mezclaba con el sonido de la tijera que cortaba la tela y el rasguño de una aguja con hilo blanco

que la cosía sobre una mesa de madera cubierta por una manta a la que tapaba una sábana blanca y sobre la que descansaba el tejido dañado, inservible, que un tiempo más tarde cobraba vida.

## 2

**LA CASA DE PESCADORES** era de piedra de sillería, nada más entrar se veía un pasillo largo, al fondo, la cocina; las habitaciones eran pequeñas, con diminutas ventanas que daban a la calle, cerca de la iglesia dedicada a la figura del Salvador. Si bajaba las escaleras de madera y se asomaba al portal, el olor del salitre era intenso; si caminaba unos pasos, con el primer giro, veía la iglesia de piedra que se alzaba en un montículo, de color marrón, con agujeros en sus muros, una fortaleza luminosa erosionada por el viento del norte. En el puerto, abajo, las embarcaciones se sostenían con cuerdas sólidas que amarraban la embarcación a los anclajes de tierra. De regreso, los barcos se guiaban por la luz del faro de San Antón. Cuántas veces su padre les contó la alegría que sentían cuando veían el cañón de luz a los lejos, cuántas los llevó consigo a la iglesia de San Salvador y cuántas veces pronunciaron los labios de sus pobladores esos nombres, extraños a los oídos de los habitantes de los

pueblos vecinos, pero asentados desde siglos en el suyo. En las familias de Getaria se perpetuaban los nombres que antecedían a los apellidos desde tiempos remotos. La iglesia, con su pila bautismal de piedra, oscura y vieja, desnivelada, sobre un suelo de madera torcido, repetía el sonido de esos nombres durante años, y los domingos los juntaba en un ritual donde primaban el saludo y la conversación entre las personas que durante la semana no tenían tiempo para verse. Los aldeanos de los caseríos bajaban al puerto y los pescadores, que pasaban los días en el mar, estrechaban sus manos fuertes y callosas, arrugadas y morenas, en tierra, y tanto los familiares como los amigos, los conocidos, conversaban en un diálogo rápido, locuaz, en una lengua antigua que sonaba a truenos y gotas de lluvia sobre el mar, que sonaba entrecortada y abrupta para aquellos veraneantes que, como la marquesa de Casa Torres, tenían una residencia en lo alto de la loma que miraba hacia abajo y se encontraba con el pórtico de la iglesia. En medio estaba la carretera de la costa que separaba el pueblo del barrio que se situaba antes del camposanto; desde lo alto se veía cómo un surco largo y estrecho de piedra gris cruzaba la montaña, de sombra verde en verano, de color marrón y gris ceniza en invierno. En el pueblo de pescadores, el Ayuntamiento, con una plaza diminuta, y el frontón, que a menudo servía como lugar de mercado, se convertían en un punto de encuentro inevitable. Otro era

el mirador que se descubría detrás de la iglesia y al que se accedía por un túnel sólido que se abría al horizonte del mar. Sobre él, junto al pasadizo fresco y oscuro, las calles en cuesta, calzadas con piedras que sostenían las casas sobre el acantilado, la iglesia gótica con vidrieras que brillaban en la distancia, y el monumento marmóreo del primer navegante que dio la vuelta al mundo, Juan Sebastián Elcano, hijo ilustre del municipio, un héroe invisible que daba carácter al fortín marinero que se alzaba en la lisura del mar Cantábrico. Getaria miraba al mar y desde el mar se veía el pueblo. La iglesia de San Salvador veía el mar y desde el mar se veían los contrafuertes que reforzaban la armonía irregular del templo. En su interior, en el techo colgaba un barco de madera. Un pueblo hecho a sí mismo, con barcos en el puerto, con el cielo abierto, con cuestas que iban de un lado a otro, y con callejuelas que se cruzaban entre sí hasta dar con la puerta de la iglesia donde los domingos la gente se arremolinaba para saludarse antes de la ceremonia y para conversar animadamente a la salida. Pero Cristóbal Balenciaga solo tenía ojos para la marquesa cuando acudía a la misa del domingo. Micaela Ello y Magallón llegaba en su tálburi, con su largo vestido y su sombrilla de encaje, y a la salida, solo un poco antes de que subiera a su carruaje de dos asientos tirado por un caballo, con el cuero resplandeciente que rodeaba la caja del carruaje y las grandes ruedas ante sus ojos, aún con el brillo de sus

encajes en los ojos y el pliegue de su vestido en la cabeza, el muchacho se acercó a la marquesa y en un castellano sencillo, simple y directo, tocado por un tono amable que podía sonar hasta imperativo, le pidió que por favor le dejara ver sus armarios. Nada más que eso, quizá pensó en sus vestidos, tal vez quiso decir algo más, pero fue eso lo que dijo: los armarios, pues, para el muchacho, seguro que eran muchos. Cuando la mujer sonrió, un mundo se abrió ante sus ojos: detrás de todo mar hay un fondo marino que puede cambiar el destino de una persona y convertir la realidad en parte de un sueño. Fue así que cada día, después de cumplir con las tareas de la escuela, Cristóbal ayudaba a las planchadoras de la marquesa en el último piso de su residencia de verano. Con diez años, cuando sus amigos pescaban con caña en el puerto o jugaban en la arena de la playa, él acariciaba los encajes, pasaba sus manos sobre las telas almidonadas, observaba cada pliegue, guardaba en su retina cada punto y examinaba la flexibilidad y la firmeza del tejido elegido por la marquesa, a quien le gustaba saber que todo lo concerniente al ropaje estaba supervisado al milímetro. Cristóbal insistía ante la atenta mirada de la madre que cosía para la marquesa, y con doce años convenció a las dos mujeres de que con sus manos no solo era capaz de dibujar el vestido, sino de confeccionarlo de arriba abajo, en su totalidad. Los ojos de las mujeres se cruzaron, la marquesa guardaba en su mirada el brillo

que vio en aquel muchacho cuando se dirigió a ella por primera vez en la puerta de la iglesia; la madre confiaba en la serena intensidad que su hijo mantenía a todas horas y que se mezclaba con una curiosidad insaciable cada vez que le enseñaba el oficio de coser. Fue un domingo de verano, diez días después de mostrarlo a quien quisiera en la casa Vista Ona, cuando Cristóbal pudo verla en el pórtico con su vestido. ¡Qué mejor lugar que una iglesia antigua de pescadores para que una distinguida dama de la alta sociedad luciera el primer vestido realizado por el hijo de un pescador y de una costurera! El tiempo, como las calles que dan al mar, convierte un cruce de oportunidades o casualidades en una red de vida en la que un joven, en un mundo hecho para adultos, pero protagonizado por mujeres distinguidas, debe enhebrar con elegancia y sabiduría, coser con el hilo y la aguja que le enseñó la madre.